

● **Gestión**

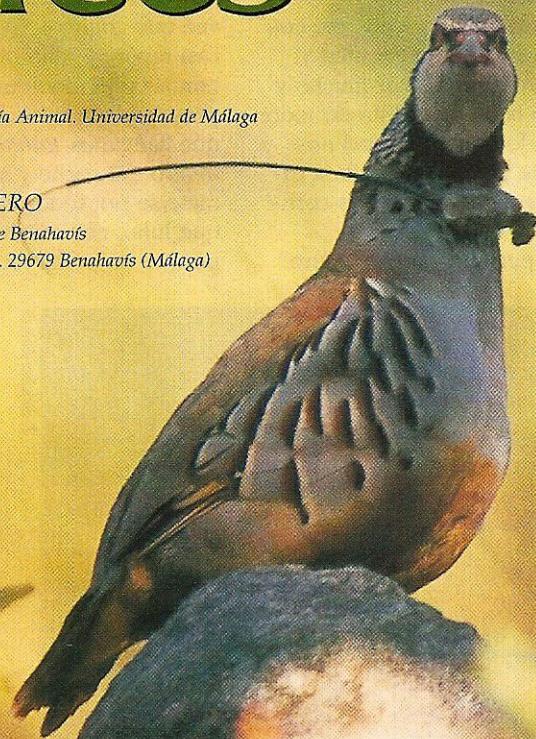
Sólo la mejora del hábitat garantiza un cierto éxito en las repoblaciones

Historia de una repoblación de perdices

Una de las perdices radiomarcadas con collar. Al parecer y según estudios realizados, este tipo de emisor no incide negativamente en la supervivencia de las perdices.

Jesús DUARTE
Departamento de Biología Animal. Universidad de Málaga
Jduarte@ctv.es

Cristóbal GUERRERO
Sociedad de Cazadores de Benahavís
Cercado del regidor, 107. 29679 Benahavís (Málaga)



Una de las perdices logró sacar once polluelos, pero sólo uno sobrevivió

Mediante un seguimiento de una suelta de perdices marcadas con emisores, biólogos y cazadores de Benahavís (Málaga) han comprobado la importancia del hábitat en el éxito de las repoblaciones. También que las perdices de granja se cruzan con las de campo y son capaces de criar, algo que hasta la fecha, aunque se suponía, no se había demostrado. A través de "Margarita", una de las perdices de granja marcadas que se soltaron, los autores del artículo narran el desarrollo y seguimiento de la suelta y las conclusiones de su trabajo de investigación.

ESTA es la historia de una suelta de perdices, como las que tan frecuentemente se hacen en un coto cualquiera de la geografía española. Pero es una historia contada a través de una de sus protagonistas. Por eso es también la historia de *Margarita*, que así se llama ella. *Margarita* es una hembra de perdiz roja que, junto con treinta y nueve compañeros de especie, participó en una experiencia de radio-marcaje y suelta en el coto de un pueblo malagueño. No era la primera vez que se soltaban perdices en ese coto, pero nunca se había evaluado el resultado de las mismas. *Margarita* procedía de una granja, y como el resto de compañeros, apenas contaba el año de edad.

En mi nuevo hogar

Mi historia empieza cuando una mañana de febrero llegamos al pueblo. Fuimos recibidos por unos cazadores que estaban acompañados de un biólogo. Éste, con la ayuda de los cazadores, nos colocó en el cuello un collar con una antenita que permitiría localizarnos. Esa misma tarde nos montaron en un todoterreno y nos subieron a la sierra. Yo nunca había visto el campo tan de cerca. Era una sierra abrupta, de pinares y algún alcornoque. El monte estaba poblado de jaras y brezos. Los madroños crecían entre los quejigos, y un río de aguas inquietas, en las que jugueteaba la nutria, recorría un estrecho valle. Por el camino pude ver que en el cielo se dibujaba la silueta altiva del águila perdicera.

Quando el vehículo se paró nos separaron en dos grupos. En cada grupo habían dejado el mismo número de machos que de hembras. Uno de los grupos se quedaba en el lugar donde estábamos, llamado "Los Linillos". Era un claro próximo a un bosque de pinos, en una zona elevada sobre el río. Yo no estaba entre los que se quedaban. A mis compañeros los metieron en un voladero amplio, que tenía cobijo, agua y sitio para solearse. Escuché decir que al menos estarían allí un mes, y luego los dejarían libres abriéndoles la puerta del voladero.

Se reanudó de nuevo la marcha. Prácticamente íbamos saltando por una pista forestal. Transcurrido un rato estábamos en otro sitio. Había un viejo cortijo llamado "La Algaida". Era grande, blanco y estaba situado sobre una loma desde la que se dominaba parte del valle del río. No había tantos pinos como en el otro lugar. La zona estaba más cubierta de matorral que de arbolado, aunque sí que había algún que otro chapararro salpicado con quejigos. El cortijo tenía una amplia era de piedra rodeada de lentiscos, por la que de vez en cuando corría algún gazapete. Era ideal para cantar al amanecer y solearse. No muy lejos del cortijo había unas ruinas. Parecía un viejo molino, que tenía al lado un voladero como el que había visto antes. Justo al lado del voladero había una parcela vallada y sembrada de girasol. Y en sus proximidades había claros y rayas de monte desbrozadas recientemente, fuentes naturales de agua y hasta algún bebedero. Nos metieron en este voladero. También íbamos a estar en él un mes. Había escuchado decir que un zorro había entrado en otro voladero hacía poco, cerca del río, y había frustrado un intento de suelta matando a todas las perdices que había dentro. ¡Ojalá eso no nos pasara a nosotros!

Los días dentro del voladero fueron pasando sin que ocurriera nada especial. Bueno no, una noche un zorro mero deó por allí y consiguió matar a un compañero, pero no llegó a entrar dentro. De vez en cuando venían a vernos. Algunos compañeros fueron víctimas de enfermedades y no pu-

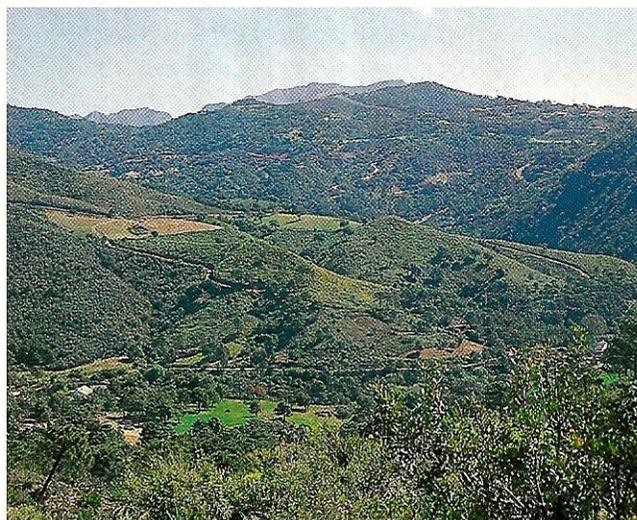
dieron ver el día en que nos dejaron salir.

Por fin, libre y... ¡viva!

Pero al fin llegó ese día y nos abrieron las puertas. Para entonces la primavera ya apuntaba fuerte y hacía semanas que las perdices estábamos emparejadas, incluso dentro de los voladeros. Así, cuando empezamos a salir algunos lo hacían en parejas. Al principio tímidamente, volviendo al voladero, que considerábamos una zona segura. Poco a poco aventurándonos cada vez más lejos, usando los carriles y cortafuegos para explorar lo que había alrededor de lo que había sido nuestra casa durante un mes. Normalmente, volvíamos por las noches a dormir al voladero, que permanecía abierto. Pero un día, los cazadores cerraron las puertas y ya no pudimos volver a dormir allí más. Temían que un zorro se metiese dentro, estando la puerta abierta, y ocasionara una masacre. A partir de entonces dormimos en el monte, buscando zonas altas y abrigadas por el matorral.

Dos muchachos venían casi a diario para buscarnos. Traían siempre una antena conectada a un aparato. Se subían en sitios altos y orientaban la antena en la dirección que estábamos. Luego, en algunos casos, llegaban andando con la antena casi hasta nosotros, para vernos. Fue así como descubrieron que alguno de nosotros ya habíamos “conocido” a los otros habitantes del monte. El primero fue un macho, que muy cerca del voladero fue capturado por un zorro. Se lo llevó al cauce de un arroyo seco. Pero no fue el único. En menos de tres meses todos mis compañeros del voladero de Los Linillos, que no tenía siembras, estaban muertos. Los zorros y las águilas no habían perdido el tiempo. En mi voladero duramos más, quizás porque teníamos mejores refugios para protegernos. Las siembras y los desbroces eran los sitios que más nos gustaban. Pero también aquí hubo que lamentar bajas. Al final conseguimos sobrevivir tres. Yo era una de ellos. A mis compañeros les gustaba viajar. Recuerdo una hembra de mi mismo voladero que se fue a más de dos kilómetros y se emparejó con un macho del lugar, en un huertecillo cercano al cementerio del pueblo. Allí se quedó, y ya no volvió más. Otra compañera estuvo de viaje casi una semana, para luego volver. Al parecer, cogió un carril que iba río arriba, hacia Igualeja, y por poco si llega. Pero algo no debió gustarle, porque deshizo el camino andado. Al final se quedó con otra compañera en una curvita del carril del voladero, cerca de un bebedero que había bajo un lentisco. ¡Lástima que el águila perdicera la descubriera! Otros se marcharon más lejos. ¡Incluso cambiaron de coto! A algunos no les quedó más remedio. Hubo un macho que fue capturado por un águila real y acabó en una finca en plena serranía de Ronda, a bastantes kilómetros de donde estábamos. Escuché a los

En menos de tres meses todos mis compañeros del voladero de Los Linillos, que no tenían siembras, estaban muertos. Los zorros y las águilas no habían perdido el tiempo. En mi voladero duramos más



Vista general de la zona con manejo de hábitat –siembras, desbroce y bebederos– donde se llevó a cabo una de las dos repoblaciones del estudio, la única que tuvo algo de éxito.

de la antena cómo contaban que habían sacado a algunos de mis compañeros muertos del interior de una zorrera, de un cerrado pinar donde habitaba un azor, de la cama de una gineta, y de los posaderos que el águila perdicera tenía en un impresionante cortado rocoso que había sobre el río. Parece que incluso, en el otro voladero, tuvieron que desenterrar a alguno de los lugares donde el zorro los escondía. ¡Dichoso bicho! Mataba más de lo que se podía comer, enterrando al resto al pie de los pinos. Claro que eso pasaba porque las perdices nos quedábamos juntas cerca de los lugares de suelta durante los primeros días, dando vueltas como patos mareados. Y eso llamaba la atención del raposo.

Mi familia

Los supervivientes nos encontrábamos ya en plena época de cría. Las parejas del campo estaban ya poniendo. Yo conocí en la siembra a un macho del lugar y con él me hice a la aventura y empecé a buscar sitio para anidar. Tres veces lo intentamos sin éxito. Primero nos gustó un sitio, cerca de la siembra y de los desbroces. Había agua, comida y buenos sitios para cobijarse del águila. Pero resultó que ya estaba ocupado. Una pareja del campo nos expulsó de allí sin muchas contemplaciones. Volvimos a intentarlo un poco más lejos de la siembra y nos ocurrió lo mismo. Al final, al cuarto intento, y ya lejos de la siembra, me tuve que conformar con una coscoja en una zona que parecía deshabitada. Allí instalé el nido y puse 11 huevos. Mi macho me abandonó y se volvió a la siembra, donde tenía otra compañera. Dicen que los machos de perdiz se vuelven polígamos cuando hay abundancia de comida, que es justo lo que pasaba en la zona sembrada.

¡El susto que se llevaron el día que, buscándome por la siembra, no daban conmigo! Lo intentaron por varios sitios. Fueron a la era del cortijo, al puertecillo que había sobre la “Cañá de Ronda”, a “Los Linillos”, y cuando menos se lo esperaban, escucharon mi señal débilmente allá por el carril del “Chaparro de los muertos”, al norte del voladero. Subie-

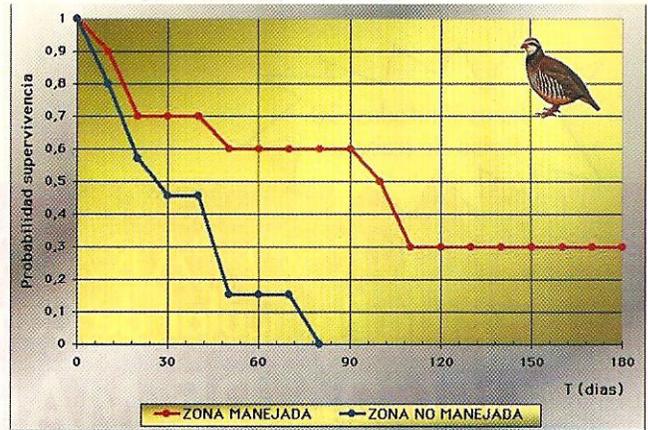
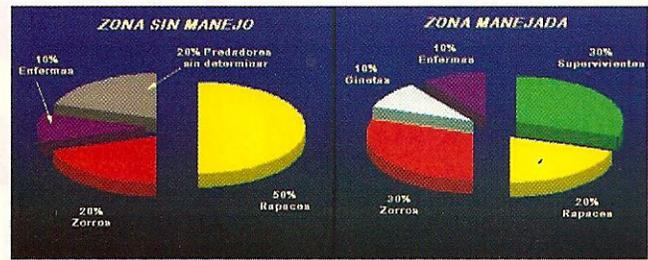
Historia de una suelta de perdices

ron hasta allí y empezaron a rastrearne. Pensaban que yo también había hecho el viaje gratis y no tenían esperanzas de encontrarme viva, pero lo que no se esperaban es lo que encontraron: mi nido. Era la primera vez que, según decían, se podía confirmar que un pájaro de granja como yo se cruzaba con uno del campo. Y si alguno de ellos llegaba a adulto y encontraba pareja, llevaría mi herencia de caracteres de granja. Mucho se había especulado al respecto y muchos cazadores sueltan perdices con la intención de que críen. Ahora se sabía que era posible.

Después de 23 días de incubación y algún sustillo que les di a los de la antena... ¡Cómo cuando fueron a buscarme al nido durante los días de la incubación y no me encontraron! Yo acababa de salir a beber. Cuando llegaron y no me vieron pensaron que los huevos estarían fríos y se pusieron en lo peor. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando, tras buscarme por los alrededores, aparecí de improviso echada en el nido. Había entrado por atrás sin que me viesen cuando sentí que se alejaban del nido. Bueno, pues como decía, después de ese tiempo, nacieron mis pollitos, mezcla del campo y de granja.

Un día fueron a verme, para saber cómo estaba, y coincidió con la eclosión. Tuvieron la suerte de verlos todavía con el plumón mojado. No estuvieron allí mucho tiempo. En realidad nunca lo hacían. Procuraban no acercarse o que-

Detalle del pequeño radioemisor que se les colocó a cada uno de los 11 pollitos de la perdiz de granja.



Arriba, causas de mortalidad en la suelta. Sobre estas líneas, supervivencia diaria de las perdices soltadas (método de estimación de Kaplan-Meier).



darse cerca del nido más de un par de minutos. Pero al día siguiente, a la hora de más calor en pleno julio, me tenían reservada una sorpresa. Aparecieron por allí y no venían solos. Un hombre más mayor les acompañaba. Creo que era el mismo que estaba cuando nos pusieron el collar. Yo y mis perdigones se estábamos bajo un pinar muy cerca del nido. Me localizaron rápidamente gracias a la antena y apenas tuve tiempo de reaccionar cuando ya me habían quitado a mis pollos. El hombre mayor los cogió con facilidad y los metió en una caja de cartón. Uno a uno, el biólogo les fue colocando algo en la espalda. Era como una "garrapatilla" con una antena pequeñita que resultó ser un emisor. Yo, mien-

tras tanto, estaba muy nerviosa. Me acercaba llamándolos. Intentaba picarles en las manos a algunos de los tres hombres y luego me retiraba un poco. Cuando todos estuvieron marcados el hombre mayor los soltó, devolviéndomelos. Primero los dejó solos dentro de la caja. Se alejaron y esperaron que yo me acercara, alentada por la llamada de mis perdigones, que no cesaban de hacerlo. Cuando yo estuve cerca, tanto que casi me cogen con la mano, volcó suavemente la caja y los pollos corrieron tras de mí. Rápidamente nos perdimos entre el matorral y los pinos. Mis perdigones y yo no nos alejábamos mucho de los alrededores del nido. En una hectárea y media hacíamos prácti-

ALGUNAS PREGUNTAS DECISIVAS

La redacción de TROFEO, tras leer este interesante trabajo, se puso en contacto con su autor para que respondiese a algunas preguntas aclaratorias que podría plantear cualquier cazador.

Trofeo: ¿Eran de fiar las perdices repobladas?

J. Duarte: Las perdices que se soltaron tenían dos procedencias. La mitad eran de una granja comercial y la otra mitad criadas aquí en el pueblo por los cazadores. Desconozco la calidad genética de unas y otras, pero no creo que las de granja fuesen mucho mejores que las del pueblo. Mi impresión es que las del pueblo tenían una apariencia física mucho más saludable, incluso eran más ariscas y se dejaban acercar menos que las de la granja comercial.

Trofeo: ¿La poca supervivencia de los pollos de esa perdiz de granja puede deberse a que no sabría, tan bien como las salvajes, cuidar y proteger a sus polluelos?

J. Duarte: No hay ningún trabajo que compare la capacidad de cuidar a la prole entre hembras silvestres o de granja, ni con faisanes ni con otras gallináceas. Si hay trabajos con perdices de granja que demuestran que tienen menos capacidades fisiológicas que las silvestres (intestinos más cortos, menos cantidades de proteínas musculares, diferentes reacciones de huida y escape ante predadores, etc.). Es posible que una hembra de granja cuide peor a sus pollos que una silvestre por estas razones, pero esa relación no está demostrada. Si lo está el que ante el ataque de un predador el pájaro de granja aguanta más y tarda más en huir. Este factor puede influir en una defensa más efectiva de la prole. Un investigador finlandés (Ahti Putaala) hizo algo parecido con perdiz gris. Demostró que la productividad de

hembras silvestres fue mayor que las polladas de hembras de granja y lo relacionó con diferencias fisiológicas de la madre como las ya comentadas, que redundarían en una mayor mortalidad de las hembras de granja.

La zona donde estaban los pollos era un pinar con muchos arrendajos. A la pájara no le quedó más remedio que elegir esta zona para criar después de que parejas del campo la echaran de sitios mucho mejores. El tamaño medio de los bandos del campo a finales de verano era de 4 a 5 pollos por hembra frente a uno de esta hembra, lo que significa que la supervivencia de estos pollos fue mucho menor. ¿Se debe esto a la capacidad de la madre?, ¿a un efecto de la calidad del hábitat?, ¿a los predadores?, ¿a la mala suerte de topar con un arrendajo más listo de la cuenta? No puedo responder con seguridad, pero probablemente cada uno de estos factores tuvo algo de culpa.

Trofeo: El hecho de capturar los pollos y marcarlos, ¿podría haber incidido negativamente en la supervivencia de los mismos? Por otro lado, ese "collar con antena" que se colocó a las perdices, ¿les puede causar molestias o hacerlas más vulnerables?

J. Duarte: Robert Kenward demostró hace ya tiempo que los collares

(necklaces) para perdices adultas y los backpacks (las mochilitas que se les pone a los pollos pegadas al dorso) no tienen efectos apreciables sobre su supervivencia. Este investigador encontró que los pollos de faisán tienen la misma supervivencia con y sin mochila (el emisor). Es de suponer que esto es válido para pollos de perdiz. Con otros tipos de radioemisores sí se ha demostrado que influyen negativamente, por eso se dejaron de usar, por ejemplo los que se adaptan a las patas del animal. La captura y marcaje de los pollos apenas duró cinco minutos. Sus efectos posteriores en la supervivencia los descartó. No puedo asegurar tajantemente que las mochilas no atrayesen a los arrendajos.

En ciencia no hay nada seguro casi nunca y nuestro experimento no tuvo un control que permitiese descartar el efecto. Tampoco esperábamos encontrar arrendajos prestando pollos, la verdad. Personalmente creo que los emisores no influyeron en la mortalidad de los pollos de manera decisiva. Los collares de adulto han sido probados en Portugal, Gran Bretaña, Francia, etc... y siempre se ha comprobado que las mayores supervivencias están más relacionadas con el modo de suelta y la calidad del hábitat de suelta que con un efecto negativo del collar.

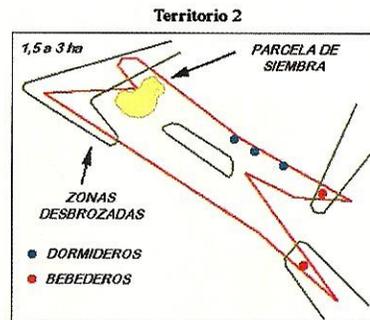
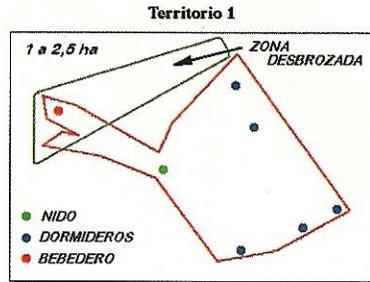


camente nuestra vida diaria. Bebíamos en un bebedero que nos habían puesto. Salíamos a comer a una zona desbrozada cerca del bebedero y dormíamos en una zona alta y rocosa que había por encima del nido. Como a continuación del desbroce había un pequeño pinar, apretado de coscojas y jaras, allí nos escondíamos cuando había algún peligro. Porque, de vez en cuando, aparecía la silueta de las águilas perdiceras sobre el pico de Sierra Matrona, o por Montemayor, cuando venían de su dormidero, allá por las angosturas del Guadalmina. Nosotros cambiábamos el dormidero de vez en cuando. Según soplara el viento o estuviera la luna más cubierta por nubes, dejábamos las rocas para trasladarnos a unas varetas de algarrobo que había sobre un talud de arena en la otra punta de nuestro territorio.

El de la antena venía a diario a ver cómo estábamos, incluso por la noche. Se ponía un poco pesado, pero así fue cómo descubrió que algo estaba pasando con mis perdigones. A los pocos días de la eclosión ya tuve que lamentar la pérdida de dos de ellos. Fue por la noche y no pude hacer nada por evitarlo. Encontraron por la mañana los restos devorados gracias a la señal que emitía la "garrapatilla". Otra noche, la aparición de improviso de un garduño me obligó a cambiar de dormidero de madrugada. En la refriega perdí otro perdigón. La cosa es que en menos de diez días los predadores habían logrado arrebatarme a la mayoría de mis perdigones. Sólo uno de ellos logró sobrevivir. Los demás fueron víctimas del arrendajo y de no sé quién diablos más.

Sola con mi único pollo, pensé que había llegado la hora de cambiar de aires. El perdigón estaba ya volantoncillo, así que pusimos tierra de por medio y abandonamos el territorio del nido. Bajamos por un cortafuegos hacia la siembra, donde debía estar su padre. Nos llevó un par de días, pero al fin llegamos hasta ella. Allí había otro bando de perdigones del campo, y junto con ellos nos metimos en la siembra. La verdad es que se estaba mucho mejor. Había comida allí mismo, la altura de la hierba era ideal para esconderse del águila o los arrendajos, y tampoco nos faltaba agua y matorral para guarecernos y sestar en las horas de más calor. Además, no estábamos solos. Para dormir nos íbamos al atardecer a un cantil de rocas que había cerca. Con quince días de vida, mi perdigón y yo decidimos instalarnos en la siembra, y de allí ya no nos movimos durante lo que quedó de verano.

El resto de la historia ya se la pueden ustedes mismos imaginar. Pasó el verano, mi pollo creció y se hizo igualón. Emplumó y un buen día mi collar dejó de emitir. Era ya casi principios del otoño. Fue la última vez que vinieron a buscarme. Pronto comenzaría la temporada de caza y mi pollo y yo nos unimos con otras perdices del lugar en uno de esos bandos grandes que tanto les gusta ver a los cazadores.



Área de campeo y territorios usados por la hembra de granja y sus perdigones.

En la foto, perdiz radiomarcada encontrada muerta y semienterrada junto a un pino.

Agradecimientos

Esta historia está basada en hechos reales que acontecieron entre febrero y septiembre del año dos mil en el pueblo malagueño de Benahavis. El trabajo de investigación contó con el apoyo del Dr. Mario Vargas y ha sido posible gracias a Manolo Rodríguez, cazador que, con su amabilidad habitual, nos animó y ayudó siempre que hizo falta. Paco Guerrero y José Antonio "Harry" permitieron y facilitaron nuestro trabajo en el coto. Esta investigación no ha contado en ningún momento con subvención ni ha estado adscrita a ningún proyecto. Muchas dosis de buena voluntad han hecho falta para financiarla.

CONCLUSIONES

La mejora de hábitat aumenta la probabilidad de supervivencia de las perdices soltadas y ralentiza la mortalidad. Las mejoras sirven para retener a las perdices en torno a los puntos de suelta. Las zonas manejadas son usadas preferentemente por las perdices, tanto silvestres como soltadas, para su actividad diaria. Una red de mejoras bien distribuida por todo el coto aumentaría considerablemente la capacidad de acogida del mismo para las perdices silvestres y mejoraría el éxito de cualquier repoblación. Además, las perdices de granja se reproducen con las del campo y nacen perdigones híbridos que se integran en las poblaciones silvestres. Los riesgos genéticos son evidentes si no se controla la calidad de las aves de granja. Estos bandos de perdigones usan también preferentemente las siembras, bebederos y desbroces.

FICHA TÉCNICA DE LA EXPERIENCIA DE SUELTA

Se soltaron 40 perdices (50% radio-marcadas) en dos zonas, una de ellas con manejo de hábitat –siembras, bebederos, desbroces– y la otra sin ningún tipo de mejora. En ambas zonas se instalaron voladeros de aclimatación y se sometió a las perdices a una cuarentena en los puntos de suelta. En ambos voladeros se mantuvo una proporción de sexos de 1:1.

ZONA NO MANEJADA

Existió mortalidad múltiple.
Mortalidad más rápida: a los tres meses ya no había supervivientes.
Predadores más frecuentes: rapaces.
No hubo intentos de reproducción.
Distancia media de dispersión mayor.
Un 10% de los pájaros aparecieron en cotos colindantes.
Los lugares más usados por las perdices fueron los carriles y linderos.

ZONA CON MANEJO DE HÁBITAT

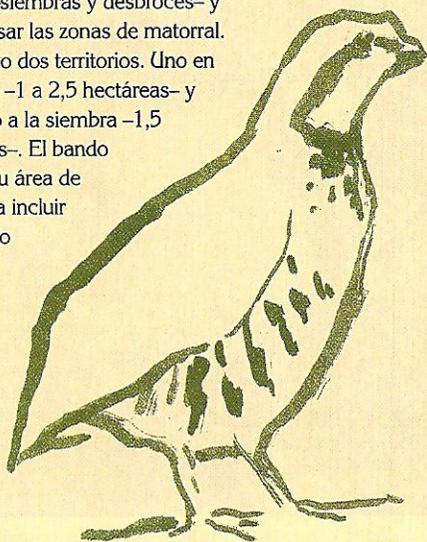
No hubo mortalidad múltiple.
Mortalidad más lenta.
Supervivencia final: un 30% mayor.
Predadores más frecuentes: carnívoros.
Reproducción y supervivencia de pollos confirmada.
Distancia media de dispersión menor.
Los medios más usados fueron las siembras y los desbroces.

REPRODUCCIONES DE LAS PERDICES SOLTADAS

Las perdices del campo compiten con las soltadas por los lugares de nidificación, relegando a las últimas a los peores sitios.
Perdices de granja marcadas que se reprodujeron = 5%
Tamaño de puesta = 11 huevos.
Eclosión de los huevos = 100 %
Supervivencia pollos = 9 %
Mortalidad rápida en menos de diez días.
Predadores confirmados: el arrendajo.

USO DEL HÁBITAT POR LOS POLLOS

Los lugares más usados para campear fueron las zonas manejadas –siembras y desbroces– y para descansar las zonas de matorral. El bando tuvo dos territorios. Uno en torno al nido –1 a 2,5 hectáreas– y otro en torno a la siembra –1,5 a 3 hectáreas–. El bando agrandaba su área de campeo para incluir en el territorio desbroces y bebederos.



Reportajes destacados en
el mes de marzo
en el Canal

SEASONS



“FANG AND CLAW”. EXPEDICIÓN A LA JUNGLA ASIÁTICA EN LOS AÑOS TREINTA.

Documento histórico grabado por Frank Buck's en las junglas asiáticas allá por los años treinta. Las imágenes en blanco y negro nos muestran, escenas de tigres y otras especies y una espectacular secuencia con una pitón atacando a su guía así como su desesperada liberación.

Estreno : Jueves 15 de MARZO a las 21h 25.
Duración: 73'

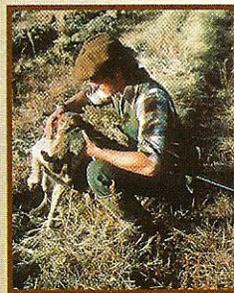


EL MUNDO DE “DUCKS UNLIMITED”

Una de las asociaciones más importantes para la conservación de los humedales nos muestra en dos entregas la caza de distintas especies ligadas a estos ecosistemas. En la primera, los patos buceadores serán los protagonistas. En la segunda, el Colín de Virginia hará las delicias de los aficionados a los perros de muestra.

Estreno primera parte: Viernes 23 de MARZO a las 21h 20.
Duración: 18'

Estreno segunda parte: Viernes 30 de MARZO a las 21h 00.
Duración: 18'



ADIESTRAMIENTO DEL PERRO DE MUESTRA: SISTEMA INGLÉS.

Recién terminada la temporada de caza, es momento para corregir los pequeños y grandes fallos de nuestros compañeros, los perros.

Este reportaje nos muestra el sistema inglés de adiestramiento, que lleva más de un siglo de vigencia con las lógicas modificaciones actuales.

Estreno: Sábado 10 de MARZO a las 21h 30.
Duración: 58'



LOS CORZOS DE LA MANCHA

Reportaje grabado en nuestras sierras manchegas, donde el escurridizo corzo rara vez se muestra visible ante los ojos de los recechadores. Es al alba o en el crepúsculo, cuando los cazadores tienen la oportunidad de abatirlos, guiados por la experiencia de los guardas.

Estreno: Domingo 25 de MARZO a las 21h 00 h

Duración: 33'

ABÓNESE:

SATELITE
CANAL DIGITAL

Euskaltel
On line

902 11 00 10

900 84 00 55